

Tres Glosas a Unamuno

JERMAÍN FLORES VERA

Poeta y Ensayista

1. *Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidades mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en El, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón.* (Miguel de Unamuno "Mi religión", en Obras Selectas, Madrid: Plenitud, 1965. 257).

La trascendencia, así como la fe que puede afirmarla, son siempre para Unamuno cuestiones problemáticas. Su labor reflexiva, su obra literaria, su acción humana lo demuestran cabalmente, al extremo de poder decirse que ellas no son sino la expresión de ese dilema, su formulación y reformulación incesante. Porque Unamuno convirtió la duda en sistema, y la búsqueda de verdades últimas en misión vital. Su duda, su búsqueda, así personalizadas, individualizadas, hechas a la medida de su ansia de saber, de su profunda aspiración a desvelar el misterio. Manuel Alvar ha definido esta tensión como "el desarrollo de la conciencia a través de la angustia de creer",¹ señalando que de ella se derivan otros temas, cuyas soluciones están a su vez interrelacionadas: "la fugacidad del tiempo, la continuidad personal en el mas allá. La fe en Dios, la esperanza en la salvación. Esto es: la justificación de vivir y la racionalización de la muerte."²

Las respuestas a la cuestión de la fe y el problema capital de la existencia de Dios tienen, en efecto, consecuencias tan vastas que abarcan la totalidad de la vida humana proyectada contra el fondo colosal de la totalidad del Universo y de la historia. De esas respuestas depende el **sentido** de dichas entidades (ser humano. Universo e historia), tanto como su destino final. El camino de esas respuestas tiene dos ases: razón y fe; y dos metas

que mutuamente se excluyen; afirmación/negación. ¿Por cuáles opta Unamuno? Por todas y por ninguna o, dicho de otro modo, por la exploración constante, dolorosa, apasionada siempre, de las **posibilidades** que ellas ofrecen. Unamuno no renuncia jamás a rastrear en las tinieblas, sean estas las de la razón o de la fe. Su búsqueda se nutre de ambas experiencias llevadas al límite de sus potencialidades. Que en último término la razón se revele impotente para alcanzar las certezas anheladas, o que la creencia se entrampe en la esterilidad mecánica del dogma, son hechos igualmente irrelevantes. Importa haber hecho el camino. Importa haber constatado que la razón no prueba la existencia de Dios ni sirve para negarla. Importa haber conocido los instrumentos de la teología y la ortodoxia doctrinaria para entender su falsificación de la fe verdadera. Esa fe que es "cosa de corazón", proyección de un deseo ("quiero que Dios exista"), realización de lo absoluto en la cotidianidad de la vida. El problema permanece, la lucha no ha logrado disolverlo; duda, incertidumbre, son sus triunfos precarios. Pero esa lucha justifica (y redime) la existencia.

2. *Los científicos -no hay que confundirlos con los científicos, repito una vez más- apenas sospechan el mar desconocido que a medida se extiende por todas partes en torno al islote, ese mar crece y se ensancha a nuestro ojos, que por cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver...* (Miguel de Unamuno, "Cientificismo", en **Obras Completas**. 2da. ed. Vol. 4. Madrid: Afrodísio Aguado, 1960. 528-29).

Unamuno define al científicismo como "la fe ciega en la ciencia". Ciega, porque nace de la ignorancia respecto a los verdaderos objetos de la ciencia y sus contenidos específicos. Fe, porque asume las características de una teología laica, donde se han reemplazado los valores trascendentes por la inmanencia del progreso material y tecnológico elevado a categoría absoluta.

El cientificismo es una consecuencia degradada de las transformaciones que en el orden del conocimiento provocó el desarrollo científico-técnico durante la Revolución Industrial y, como tal, pertenece al clima ideológico del siglo XIX. Máxima expresión filosófica de esa actitud es el sistema positivista de Auguste Comte, quien bautiza su nueva teoría con un término acunado por Saint-Simon. Abbagnano ha descrito certeramente el positivismo comtiano como “romantización de la ciencia”. Unamuno, con menos sutileza, lo llama “fe teologal y dogmática, nada positiva”.

Frente a la fetichización de la ciencia, provocada por la ilusión de su omnipotencia cognoscitiva, Unamuno demarca el espacio de acción concreta del quehacer científico, señalando sus fronteras naturales. Su crítica al cientificismo lo es, en buena medida, de las posibilidades de conocer que la ciencia dispone. Y dichas posibilidades son restringidas. Al ser la ciencia un producto de la razón y la experiencia humanas, es lógico suponerle los mismos límites que ellas. Esto lo saben los verdaderos científicos, quienes aceptan que la ciencia no puede abarcar toda la realidad **precisamente** porque conocen sus instrumentos y la dimensión del territorio en que pueden operar, aunque este último sea susceptible de continua expansión. Los científicos, en cambio, lo ignoran, pero han visto los efectos materiales de la ciencia en la transformación del mundo, deslumbrándose con ellos. De tal deslumbramiento se origina el salto epistemológico que los lleva a totalizar el método científico como el único válido y a la ciencia como el único saber posible. Pero toda concepción totalizante es también una suerte de reduccionismo, porque desprecia datos o elementos específicos, particulares, en favor de la generalidad. Es lo que hace Comte, por ejemplo, al eliminar la Metafísica debido a que su objeto, sus causas y principios no son accesibles al método de la ciencia. Comte suprime la Metafísica por constituir una “pseudociencia”, pero deja sin respuesta —esto es, **fuera de discusión**— los problemas de orden metafísico, que son legítimos y que la ciencia no puede, o no ha podido, resolver.

Reduccionismo, pues, simplificación y escamoteo de la realidad. He aquí una parte de ese “mar desconocido” del que había metafóricamente Unamuno. El mar está allí, aunque nos cubramos ojos y oídos para no verlo ni escucharlo. Así procedió Comte y lo hacen hoy ciertos científicos anacrónicos, hombres todavía del siglo XIX, para los cuales el mar no existe simplemente porque a ellos no les consta.

3. *Y yo, para concluir, les diré que, si quieren soluciones, acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño ha sido, es y será que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y, a lo sumo, sugerir, más que instruir. Si yo vendo pan, no es pan, sino levadura o fermento.* (Miguel de Unamuno, “Mi religión”, op. cit., 259).

Al definir su tarea intelectual, Unamuno está también definiendo una metodología y, de modo indirecto, una visión del mundo. Agitar, sugerir, son aquí palabras claves, y no es arbitrario que las ponga al verbo instruir. Porque instruyen los que tienen soluciones, y Unamuno no las tiene; porque allí donde otros encontraron respuestas e hicieron de ellas una doctrina, Unamuno halló preguntas y enigmas que devuelve **provocadoramente** a sus lectores. Nada enseña, pues, este hombre que dedicó tres cuartas partes de su vida a la enseñanza. Nada enseña que ya esté concluido, cerrado, fijo para siempre entre conceptos “claros y distintos”. Porque a este vasco le interesa el movimiento, y el movimiento —dicen— se demuestra andando.

Huir del dogma fue para Unamuno una declaración de principios. Frente a la petrificación del pensamiento, de la voluntad de saber y —sobre todo— de la sensibilidad, que el dogma representa en cualquier orden del conocimiento humano, Unamuno levantó el estandarte de la duda, de la conjetura, de la incertidumbre como instrumentos válidos para acercarse a “las cosas fundamentales”, esto es, a las **preguntas** fundamentales. Como

Sócrates, no vaciló en autodeclararse un agitador. El filósofo griego usaba para sí mismo la imagen del tábano en el lomo de un caballo, cuyo aguijón puede provocar en este el galope); como Descartes, asumió la duda metódica y puso entre paréntesis lo ya sabido, el *establisment* filosófico de su época. Pero, a diferencia de ellos, Unamuno no construyó un sistema ni fue considerado propiamente un filósofo. El mismo, además, se encargó de marcar el deslinde que lo separaba de Sócrates y Descartes, distancia que en general mantuvo con todas las filosofías de curio racionalista.

En verdad el pensamiento asistemático, paradójico y, en algunos momentos, aporístico de Unamuno, calza bien con su actitud heterodoxa y con su horror al anquilosamiento espiritual. “Quiero trepar a lo inaccesible”, confiesa en *Mi religión*, y en tal empeño esta su riesgo, su victoria y su fracaso como intelectual: riesgo de convertir su obra en mera lucubración, al enfatizar extremosamente los elementos inquisitivos; victoria —en el terreno de las ideas— no de ganar, sino de pelear sin rendirse en pos de la verdad, esa verdad siempre evasiva y mudable; fracaso —hipotético, pero amenazante— al constatar, después del riesgo y la lucha, que todo fue en vano.

La obra unamuniana, pese a sus detractores, ha resistido esta triple prueba, manteniendo aun frescas su índole polémica y su capacidad sugestiva. Es posible afirmar que su organización, e incluso su concepción, obedecen a un propósito testimonial: hacer explícito el movimiento de una conciencia interrogante en su radical subjetividad. Esto es lo que se **muestra** al lector y a ello confía su valor intrínseco. Unamuno exhibe las etapas de su conciencia individual buscando agónicamente’ (“me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma”) claridad y coherencia, verdad y afirmación **personales**. Su obra es su vida y viceversa; ambas son inseparables. De aquí arrancan su desprecio de la objetividad y la falacia reiterada de identificarla con algún tipo de dogmatismo. Pero aquí también reside la extraña

fuerza de sus escritos y su poder suasorio. Ese “fermento” entendido como acicate para la acción: el desafío de un hombre que pide a otros —sus prójimos, sus lectores— emular su actitud mas que sus ideas, su conducta mas que sus juicios o prejuicios.

NOTAS

1. Manuel Alvar, “Unamuno en sí mismo. (Para después de mi muerte)”, en *Símbolos y mitos*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990. 5.
2. *Ibid.*
3. “La fe se alimenta del ideal y solo del ideal, pero de un ideal real, concreto, viviente, encarnado, y a la vez inasequible; la fe busca lo imposible, lo absoluto, lo infinito y lo eterno: la vida plena. Fe es comulgar con el universo todo, trabajando en el tiempo para la eternidad, sin correr tras el miserable efecto inmediato exterior; trabajar, no para la Historia, sino para la eternidad.” Miguel de Unamuno, “La fe”, en *Ensayos*. Tomo II. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1916. 222-23.
4. “La característica del Positivismo es la romantización de la ciencia, su exaltación como única guía de la vida particular y asociada del hombre, esto es, como único conocimiento, única moral y única religión posible. Como romanticismo de la ciencia, el Positivismo acompaña y estimula el nacimiento y la afirmación de la organización técnico-industrial de la sociedad moderna y expresa la exaltación optimista que ha acompañado al origen del industrialismo. Se pueden distinguir dos formas históricas fundamentales del Positivismo: el Positivismo **social** de Saint-Simon, Comte y Stuart Mill, nacido de la exigencia a hacer de la ciencia el fundamento de un nuevo orden social y religioso unitario, y el Positivismo **evolucionista** de Spencer, que extiende a todo el universo el concepto de progreso e intenta hacerlo valer en todas las ramas de la ciencia.” Nicola Abbagnano, *Diccionario de Filosofía*. Trad. Alfredo N. Galleti. 4a. reimp. de la 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1985. 936
5. “Cientificismo”, op. cit. 524.
6. Cf. el cap. II (“El punto de partida”) en *Del sentimiento trágico de la vida*. 14a. ed. México: Espasa-Calpe, 1982. 30+.
7. Cito, a modo de ejemplo, la opinión de otro escritor español, el novelista Ramón J. Sender: “En la mayor parte de su obra Unamuno se limita a hacer preguntas que no contesta y ofrecer cosas que no llega a dar. Casi toda su obra es divagación amena y encendida, y sus ensayos más ambiciosos alcanzan universalidad por la manera de eludir los grandes problemas y no por su manera de afrontarlos. La verdad es que esos problemas de 1º absoluto nunca se resolverán sino en forma de nuevas interrogaciones, pero en los demás pianos del pensamiento — en lo estético y en lo moral— hace lo mismo.” RJS, “Unamuno, sombra fingida”, en *Examen de Ingenios. Los noventa y ochos*. New York: Las Américas Pub. Co., 1961. 13.
8. “Mi religión”, op. cit. 257.
9. Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerlos (sic.) el poso del corazón, angustiarlos, si puedo... Que busquen ellos, como yo busco; que luchen, como lucho yo... por lo menos esa lucha nos hará mas hombres. hombres de mas espíritu.” *Ibid.* 258.